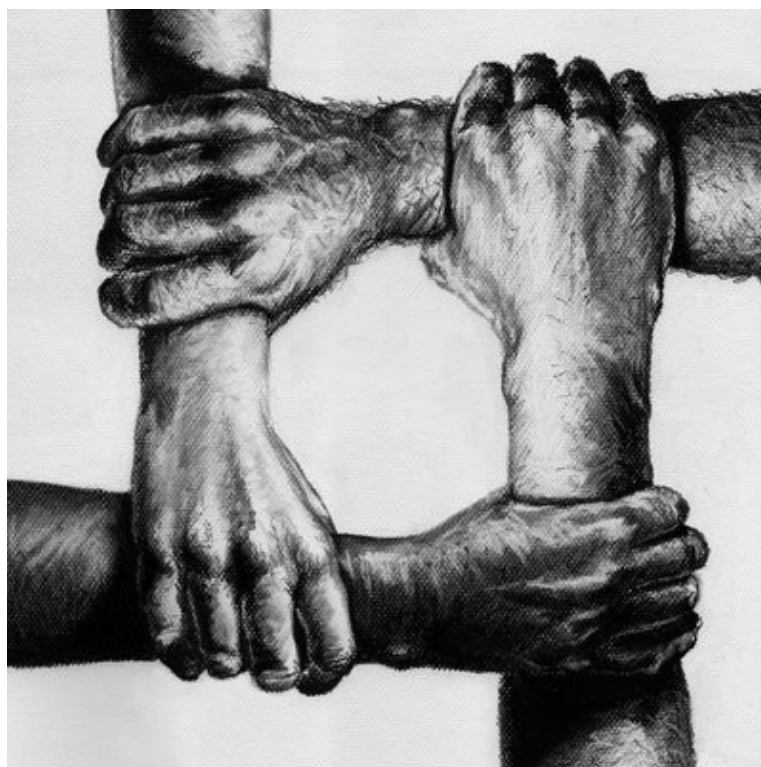


EL SOCIALISMO QUE NO FUE



Aldo Andres Casas*

REALISMO Y UTOPIA (A MODO DE INTRODUCCIÓN)

Tras un largo paréntesis durante el cual la reflexión política y teórica sobre el socialismo languideció hasta casi desaparecer, asistimos a lo que parece ser un renovado interés por la cuestión. No solo las publicaciones marxistas de diversos países vuelven a destinar páginas al tema sino que, al menos en América Latina, hay movimientos sociales y políticos que discuten y buscan articular las luchas cotidianas con una perspectiva que desafíe radicalmente el sistema imperante. Y el Presidente Chávez ha puesto en la agenda de discusión al «Socialismo del Siglo XXI». Al sumar una opinión más al debate, es oportuno comenzar diciendo que, hoy como ayer, la suerte del socialismo no depende de los discursos de un dirigente carismático, ni del «nuevo paradigma» proclamado por algún teórico presuntuoso¹, ni de polémicas más o menos sesudas.

Lo que en definitiva cuenta es la capacidad de lanzar y mantener desde abajo un *radical* desafío a la creciente inhumanidad del sistema, para lo cual «es necesaria una transformación en masa de los

hombres, que sólo podrá conseguirse mediante un movimiento práctico, mediante una revolución [...] la revolución no sólo es necesaria porque la clase dominante no puede ser derrotada de otro modo, sino también porque únicamente por medio de una revolución logrará la clase que derriba salir del cieno en que está hundida y volverse capaz de fundar la sociedad sobre nuevas bases» (Marx-Engels 1975:82). Indicación un tanto enigmática, pero que se entiende mejor junto con esta otra: «La coincidencia del cambio de las circunstancias y de la actividad humana o auto-cambio sólo puede ser entendida y racionalmente comprendida como *práctica revolucionaria*.» (Marx, 1987a: 55-65). Reivindicación de «la práctica revolucionaria» que previene contra la aceptación ingenua de «lo dado» y también contra la simplista idea de que todo se resolvería con «la lucha». Pues si es cierto que toda lucha es importante, no es menos evidente que por sí mismas no indican un camino, ni destruyen el fetichismo y las representaciones socialmente aceptadas bajo las cuales (mal)vivimos. Ni siquiera los momentos de grandes convulsiones y crisis del orden establecido aseguran el pasaje a nuevas prácticas y a otra visión de la sociedad y el mundo,

*Antropólogo, integra el Consejo de redacción de *HERRAMIENTA Revista de debate y crítica marxista* con sede en Argentina. Escribió (con el nombre literario de Andrés Romero) *Después del estalinismo. Los Estados burocráticos y la revolución socialista*, Buenos Aires, editorial antídoto, 1995.



porque estas construcciones sociales no caen del cielo, ni respondiendo a una consigna. Requieren una esforzada *preparación* revolucionaria en el curso mismo de la lucha de clases. Y parte de la preparación deberá ser retomar la cuestión del socialismo. En primer lugar, porque ya hablar del tema es un acto *performativo*, una refutación a la difundida y paralizante idea de que «el fin del capitalismo es impensable». Y también porque puede ayudar a que las urgencias y tareas del momento se aborden con mayores recursos teórico-políticos, recuperando la *perspectiva comunista* postulada no ya como un modelo social impuesto (y fracasado), sino mas bien como *realidad en devenir*.

Queremos apostar y aportar a un proyecto que articule utopía y realismo² de un modo original: *realismo «a largo plazo»*, que nos sostenga estratégicamente en la batalla de largo aliento que es necesario librar hasta lograr un cambio general en la correlación de fuerzas que permita infligir derrotas decisivas al capitalismo imperialista. Y una *utopía «corta»* que nos permita «soñar con los ojos abiertos» y afrontar las tareas inmediatas con espíritu insumiso, buscando en cada fisura o grieta del sistema la posibilidad de impulsar *el ad-venir del socialismo*. Esta exigencia de realismo y utopía, implica también examinar críticamente las experiencias históricas del Siglo XX que, incluso cuando llegaron a expropiar a los capitalistas, resultaron incapaces de *ir más allá del capital* (título del libro de István Mészáros al que remitiremos en más de una ocasión). Para pensar sin fantasmas el socialismo del Siglo XXI, escribiremos acá sobre *el socialismo que no fue*.

I. LOS ESTADOS «OBREROS» QUE RESTAURARON EL CAPITALISMO

El ciclo recorrido por la ex Unión Soviética y lo que en su momento se llamó «el campo socialista» marcó el comienzo y el fin de lo que un afamado historiador llamó «el corto Siglo XX»: desde la revolución de Octubre de 1917 en Rusia, hasta la caída del Muro de Berlín y la bancarrota de 1989/1991. Desde una perspectiva que incluye en dicho «fin de siglo» los efectos combinados de la «revolución conservadora» y la mundialización del capital, creemos que para el movimiento

obrero y revolucionario internacional *se ha cerrado todo un período histórico*. Pero esto no significa que podamos, simplemente, «dar vuelta la página» y desentendernos de lo ocurrido. Por el contrario, debemos considerar atentamente las vicisitudes de «los de abajo» durante dicho período, y muy especialmente allí en donde las viejas clases dominantes fueron expropiadas: no como meros «acontecimientos históricos», sino como *experiencia estratégica de los explotados*. En este sentido, mucho queda por investigar, discutir y repensar, aunque el tiempo transcurrido y la restauración capitalista hayan puesto sordina a ciertas discusiones.

Por ejemplo, recordar que en la terrible década de los treinta Stalin proclamaba que el socialismo estaba realizado «en sus 9/10 partes», que Jruschov alardeaba en los sesenta que la URSS estaba en tren de superar al capitalismo, o que -ya en pleno estancamiento y crisis- las burocracias gobernantes se presentaran como ejemplo del «socialismo maduro», mueve hoy más al sarcasmo que a las refutaciones teóricas. Asimismo, muchas de las enrevesadas discusiones en torno a la «naturaleza de clase» de aquellos Estados «obrereros» parecen tan anacrónicas como inconducentes.

Creo que Claudio Katz sintetiza gran parte de la discusión desarrollada a lo largo de muchos años cuando explica que en aquellos regímenes presentados como expresión del «socialismo realmente existente», lo que en realidad existía no era de ningún modo socialismo. Hubo en cambio «formaciones económico sociales burocráticas», en las que habrían existido relaciones de explotación en base a las cuales la burocracia adquirió «el status de capa explotadora», y aquellos Estados erróneamente denominados «obrereros» sirvieron a cada una de esas burocracias cuando estas se lanzaron a impulsar la restauración del capitalismo (Katz 2004:51/70). Coincido con este enfoque, y creo que el tan meneado tema de «la naturaleza de clase» de tales estados no da para más.³ Lo que conserva importancia es terminar de comprender por qué y cómo los mecanismos institucionales y la «planificación» que se establecieron tras la «expropiación de los expropiadores» no llevaron hacia el comunismo, y la «transición» conducido por burocracias autoritarias resultó ser un desvío que, tras un tortuoso trayecto, desembocó nuevamente en la «corriente principal» del capital.

Estados sin capitalistas... pero con explotación

Trotsky escribió («cuando el poderío de la burocracia soviética parecía inquebrantable y su autoridad, indiscutible», al decir del mismo autor) un notable libro sobre la URSS en el que analizaba los privilegios de la burocracia y las terribles condiciones a las que estaban sometidos los trabajadores soviéticos mediante «la imposición estatal y la imposición monetaria» (Trotsky s/f:67). En más de una ocasión utilizó el término «explotación» y criticó duramente las condiciones de trabajo, pero el libro sugiere que el antagonismo social se derivaba de la esfera de la distribución, destacando la «desigualdad en la esfera del consumo», el parasitismo de la burocracia, etcétera. Atacó el mito del «trabajo socialista» advirtiendo que «el agujón del salario» implicaba el reparto de bienes según la cantidad y calidad del trabajo individual, pero no llegó a señalar con igual claridad que *encubría una brutal transferencia de valor producido y no pagado a los fondos del Estado*. Y todo esto porque suponía (equivocadamente) que la degeneración *política* ocurrida en la URSS no modificaba las relaciones sociales surgidas de la Revolución de Octubre.

Hoy, que duda cabe, podemos llegar mucho más lejos. Como escribe Claudio Katz: «la burocracia comenzó a manejar el plusproducto, reforzando la estratificación social e introduciendo mecanismos de sometimiento de la mayoría, aunque sin convertirse en una clase propietaria. Esta transformación permitió homogenizar al grupo dominante y crear las condiciones para el salto hacia la restauración, que se concretó 50 años después de la contrarrevolución estalinista. [...] La burocracia manejaba el excedente y promovía el protocapitalismo naciente en los poros de la URSS sin detentar la estabilidad histórica de las clases propietarias, pero ya no constituía el frágil «episodio histórico» de los años 30 [...] El status de grupo explotador explica la uniformidad que prevaleció entre la burocracia a la hora de resolver el pasaje al capitalismo. Todas las fracciones de la Nomenklatura participaron en la URSS de ese giro, porque sus objetivos ya estaban radicalmente divorciados de los intereses de los trabajadores.» (2004:65). Es una descripción correcta en general, aunque cabría objetar que «el estatus de grupo explotador» de la burocracia, que se presente como principio explicativo, debe en realidad ser explicado. Intentaremos hacerlo a continuación.

Las raíces del antagonismo y los conflictos sociales

Mucho se ha escrito en relación a las arbitrariedades del régimen político, las deficiencias en la planificación y las penurias sufridas por la población. Pero sigue pendiente la tarea de identificar la raíz de los conflictos y antagonismos sociales que se desarrollaron en el «mundo comunista». Las referencias a los rasgos totalitarios del sistema político coronado por el «Partido dirigente», a las desiguales «normas de distribución» agravadas por la corrupción, o el carácter *sui generis* de las burocracias gobernantes, deben ser integradas a una explicación que nos permita comprender la subsistencia de la explotación y el antagonismo allí donde los expropiadores habían sido expropiados.

Conviene para ello comenzar recordando que «la forma económica específica en la que se arranca al productor directo el trabajo sobrante no retribuido determina la relación de señorío y servidumbre tal como brota directamente de la producción y repercute, a su vez, de un modo determinante sobre ella. [...] La relación directa existente entre los propietarios de las condiciones de producción y los productores directos [...] es la que nos revela el secreto más recóndito, la base oculta de toda la construcción social y también, por consiguiente, de la forma política de la relación de soberanía y dependencia, en una palabra, de cada forma específica de Estado». (Marx 1973:733).

Otro recaudo es reconocer y tener presente que la conformación de la URSS (y del «campo socialista» luego de la Segunda Guerra) en ningún caso suponen el desaparecimiento de la unidad de la economía y el mercado mundial (entendiendo, claro está, que *unidad* no implica uniformidad, sino *desigualdad y contradicción*). Esta consideración es muy importante, porque refuta la falsa idea impuesta por Stalin (y aceptada durante demasiado tiempo por gran parte de la izquierda) de que existían dos sistemas económicos mundiales con leyes de funcionamiento básicamente inconmensurables⁴. Como lo dijera sin medias tintas un teórico de fuste: «hacía falta el encegucimiento de un déspota ignorante para que del antagonismo se sacara como conclusión la ruptura definitiva de esa unidad que es la esencia misma de las relaciones tejidas por el capital, cuya



herencia el socialismo no puede más que aceptar so pena de abortar. (Naville 1970b:11).⁵

En tercer lugar, resulta imprescindible no perder de vista que una *revolución social* no culmina ni se agota con el derrocamiento del poder político burgués en tal o cual país, por importante que fuere. Esto, en el mejor de los casos, puede inaugurar un complejo «comienzo», puesto que si las sociedades anteriores estuvieron fundadas en la existencia de clases oprimidas: «La emancipación de la clase oprimida implica, pues, necesariamente la creación de una sociedad nueva [...] una revolución total.» (Marx 1987b:137).

Creo que los enunciados anteriores constituyen una especie de *abc* que permite encarar la crítica del mal llamado «socialismo realmente existente». Así lo hizo Pierre Naville y logró poner en evidencia que allí pudieron cristalizar y desarrollarse relaciones de explotación, porque la expropiación de las antiguas clases poseedoras no llegó ni llevó a reemplazar la *división social del trabajo* heredada de las sociedades de clase (en general) y en particular conservó la especial relación antagonica correspondiente al *capital* (y el *trabajo asalariado*).

A través de un trayecto teórico diferente, István Mészáros llegó a similares conclusiones: «no es posible pensar en la emancipación del trabajo de su subsumisión formal y real sin desafiar radicalmente y derrocar la explotación en general, que ha asumido tantas formas diferentes en la historia conservando siempre su esencia subyugadora. No es de extrañar, entonces, que el desplazamiento jurídico de los capitalistas privados en las sociedades posrevolucionarias de tipo soviético no pudiera ni tan siquiera arañar la superficie del problema» pues «con la remoción de los capitalistas de los puestos de decisión económica de un país [...] de ningún modo *el comando sobre el trabajo* se le restituye *ipso facto* al trabajo [...] en tanto el capital conserve su sustantivo poder regulador sobre el metabolismo social, en la forma que sea, la necesidad de hallar una forma de personificación del capital ajustada a las circunstancias seguirá siendo indisociable del mismo [...] el capital termina reafirmando su poder y encontrando nuevas formas de personificación necesaria para mantener al trabajo renuente bajo el control de una 'voluntad ajena.'» (Mészáros, 2001: 703, 711).

II. EXPLOTACIÓN Y ALIENACIÓN «SOCIALISTA»

Venimos de afirmar, en síntesis, que en la URSS y otras formaciones «no-capitalistas», la explotación se desarrolló, aunque bajo nuevas formas, porque si bien las expropiaciones y la estatización de las palancas fundamentales de la economía eliminaron la dominación de los antiguos propietarios privados, se mantuvo el heredado antagonismo expresado en la *relación-capital* y por tanto *el trabajo siguió sometido al comando de una voluntad ajena*, personificada en la casta burocrática.

Los textos y el discurso oficial repetían que «todo el poder pertenece a los trabajadores de la ciudad y el campo» gracias al omnipresente «Estado de todo el pueblo» (tal y como rezaba la estaliniana Constitución soviética de 1936), y se cantaban loas al «trabajo socialista». Pero en la realidad, el trabajo materializado y el conocimiento históricamente acumulados, los medios de producción y la riqueza social no estaban en manos de los trabajadores. Tras la experiencia extrema del «comunismo de guerra» y el breve período en que Lenin buscó una salida del derrumbe y marasmo productivo a través de la NEP, y sometidos ya a los dictados de una burocracia «soviética» independizada de todo control, la relación de los productores directos con los medios y condiciones de producción quedó marcada por condiciones e imposiciones en muchos aspectos análogas a las del capitalismo. Subsistió el trabajado *alienado*, determinado y condicionado de tal modo que una fractura separa y enfrenta productor y producto, producción de riqueza y disfrute de la misma, y al trabajador con su misma actividad productiva en tanto es trabajo para otro. También el fetichismo que envuelve las relaciones mercantiles, el dinero y el salario bajo el capitalismo subsistieron en el «socialismo real», afectando al conjunto de la producción y la vida social, desde sus mismos fundamentos. Veámoslo con más detalle.

Subsistencia y mutación del fetichismo

El fetichismo subsistió y al mismo tiempo mutó. Las burocracias gobernantes «creyeron que porque 'suprimían' la mercancía capitalista

en el sector principal productor de medios de producción, y la mantenían sólo para el consumo privado, abolían el valor de cambio como forma objetiva no controlada y al mismo tiempo todo fetichismo social.» Pero la metamorfosis del *capital* en *acumulación socialista* y los diversos «fondos» *estatales* (de reserva y reinversión, de consumo social o de salarios...) no elimina el fetichismo que supone presentarlos como productivos con independencia de toda relación social. Y separando al «trabajo socialista» de las concretas relaciones sociales, pretendieron convertirlo en fetiche perfecto: «Stalin y su escuela hicieron lo mismo que la burguesía: a golpes de *nagaika* apartaron a los obreros soviéticos de la crítica de las relaciones sociales en las que viven. Mistificaron al trabajo así como la burguesía había mistificado el capital, y por las mismas razones: porque el trabajo vivo es la fuente real del valor (de cambio y de *uso*) y el trabajador no debía aprender a criticar el modo de producción en el cual produce y sigue siendo explotado» (Naville 1970b:42).

Se hablaba del «trabajo socialista», pero en la URSS y las demás economías de su tipo el trabajo no estaba directamente *socializado*, era por el contrario *trabajo asalariado*. De aquí se derivaron las peculiaridades del antagonismo y los conflictos que desgarraron estas sociedades, el rol del Estado y los mecanismos que operaron para limitar por un lado el consumo de la mayoría de los asalariados, mientras por el otro se incrementaba el consumo y acceso a la riqueza social de la casta burocrática y el personal jerarquizado encargados del comando del trabajo, también formalmente «asalariados»... pero con salarios y consumo *diferenciales* posibilitados por el manejo de los ya mencionados «fondos», las redes especiales de distribución, etcétera.

La dominación del trabajo muerto sobre el trabajo vivo

La labor de cada trabajador (y de la clase obrera como tal) continuó dominada y aplastada por máquinas, técnicas y organización productiva erigidos ante ellos como un poder ajeno. Esta dominación «del trabajo muerto sobre el trabajo vivo», en palabras de Marx (1990) ha sido descrita de manera elocuente⁶: «El trabajo muerto pertenece al Estado en forma de patrimonio

compuesto de medios de producción. Los obreros se presentan a trabajar y encuentran frente a sí un aparato productivo que parece mas fuerte que ellos [...] Para poner en movimiento tal masa de trabajo muerto se necesitan las órdenes de los capataces, las órdenes de los ingenieros y la vigilancia de los cuadros. El trabajo vivo no parece estar en condiciones de apropiarse del trabajo muerto. La forma de propiedad estatal de los medios de producción, calcada sobre el modelo de la propiedad capitalista de pleno derecho, traduce jurídicamente la relación que se establece en la fábrica entre el trabajo vivo y el trabajo muerto [...] Para el productor, el trabajo muerto aparece como un patrimonio ajeno y no como la preparación de su propio trabajo. El productor asalariado vierte el trabajo vivo sobre un patrimonio ajeno, el trabajo muerto no prepara su propio producto, sino el producto que va a quedar en manos de otro. Evidentemente, los trabajadores no pueden servirse del trabajo muerto de la mejor manera, no pueden oponerse al derroche, no pueden preparar la producción de mañana en las mejores condiciones. Al oponer los medios de producción a los productores, al confiscarles el producto de su trabajo, el sistema salarial rompe la continuidad de la producción en el tiempo, levanta al trabajo muerto contra el trabajo vivo, e interpone al trabajo muerto entre el trabajo intelectual y el trabajo manual, como instrumento de dominio del primero sobre el segundo.» (Labat 1990:291/3). En esta realidad, la división social jerarquizada del trabajo operaba de tal modo que, pese a la inexistencia de propietarios privados de los medios de producción, los productores directos siguieron siendo sistemáticamente *des-poseídos*.

Realidad y espejismos del «salario socialista»

Aún hoy, muchos críticos del estalinismo parecen considerar que el hecho de que el trabajo fuese *asalariado* no tenía ninguna relevancia. Marx, sin embargo, ya en sus primeros trabajos había escrito: «el *salario* y la *propiedad privada* son idénticos [...] El salario es una consecuencia inmediata del trabajo alienado, y éste es la causa inmediata de la propiedad privada. En consecuencia, si cae un lado debe caer también el otro» (Marx 2004:118). Con igual contundencia



muchos años después advertía: «Aunque alguna forma de trabajo asalariado pueda eliminar los inconvenientes de otra, ninguna puede eliminar los inconvenientes del trabajo asalariado mismo» (Marx 1971a:46). En todo caso es indudable que el Marx maduro seguía considerando que el fin del *trabajo asalariado* estaba los numerosos fines del comunismo, y no precisamente entre los últimos. Lenin lo tenía presente al momento de escribir *El Estado y la Revolución*, aunque se propusiera como tarea inmediata algo aparentemente más sencillo («romper la máquina burocrática del Estado» y retribuir el trabajo «de todos los funcionarios ‘del estado’ en general, con el salario de un obrero») (Lenin 1958:459) que tampoco pudo hacerse realidad: el poder soviético debió retroceder ofreciendo sueldos muy altos a los «especialistas», aunque explicando públicamente, para que los trabajadores se mantuvieran en guardia, que se trataba de medidas transitorias impuestas por una realidad adversa...

Poco después Stalin, a sangre y fuego, hizo de la necesidad virtud, imponiendo severas condiciones al trabajo. La «industrialización acelerada» no sólo se asentó en la brutal «colectivización del campo», sino también en la caída de los ingresos reales de los trabajadores, fuerte y sistemática diferenciación salarial, stajanovismo, libreta de trabajo manejada por los Directores de fábrica, disciplinamiento laboral impuesto con el Código Penal y, como siniestro telón de fondo de todo esto, el trabajo forzado en el Gulag.

Y se impuso una «teoría»: «debemos descartar también ciertos conceptos tomados de *El capital* de Marx (...) y adosados artificialmente a nuestras relaciones socialistas. Me estoy refiriendo a conceptos, entre otros, como trabajo ‘necesario’ y ‘plus’-trabajo, producto ‘necesario’ y ‘plus’-producto, tiempo ‘necesario’ y ‘plus’ tiempo [...] resulta extraño, por decir lo menos, emplear estos conceptos ahora, cuando la clase obrera (...) está en posesión del poder y controla los medios de producción [...] con la abolición del capitalismo y del sistema de explotación, el antagonismo de intereses entre el trabajo físico y el mental estaba también destinado a desaparecer. Y realmente ha desaparecido en nuestro sistema socialista actual. Hoy los trabajadores físicos y el personal administrativo ya no son enemigos, sino camaradas y amigos, miembros de un solo cuerpo de

productores que están vitalmente interesados en el progreso y el mejoramiento de la producción» (Stalin 1952). Sobran los comentarios.

Tras la muerte del sátrapa, las burocracias posestalinistas introdujeron cambios diversos: el terror cedió, desapareció el trabajo forzado, las normas laborales y el tipo de planificación fueron modificados: pero lo notable es que *el trabajo siguió siendo asalariado y cada vez más diferenciado*. Aunque siguieran repitiendo, contra toda evidencia, que ese salario había en realidad dejado de ser salario porque estaba planificado y no existía un mercado de trabajo... Ya entonces, Pierre Naville estableció de manera documentada que no existía un mercado de trabajo *capitalista*, pero existía lo que bien podía llamarse un *cuasi-mercado de trabajo* y que esto condicionaba todo el funcionamiento de la economía (volveremos sobre el asunto al referirnos a la planificación): los trabajadores cambiaban su fuerza y capacidad de trabajo por salarios: un salario directo y un salario social (en gran medida ficticio, dadas la penuria de bienes y servicios, su mala calidad e inequitativa distribución). Más recientemente, Moshe Lewin, sobre la base de informes y archivos antes inaccesibles, expuso de manera más detallada el funcionamiento de este mercado que ocultaba su nombre. Informa por ejemplo que en el Código de trabajo elaborado a lo largo de la década de 1960 «el derecho a dejar el empleo, rompiendo el contrato con el empleador se plantea como un derecho fundamental al que éste último no puede oponerse». Nos dice también que «Se monta un verdadero sistema, con una serie de instituciones y reglas, para considerar todos los posibles casos de queja del trabajador (incluso sobre las normas de trabajo)» y que los trabajadores recurrieron con notable frecuencia a los tribunales de trabajo. Y lo que es más importante: «En todo caso, el contrato de trabajo compromete a ambas partes, y si la dirección tiene mucho poder, los trabajadores disponen de un arma más eficaz que el simple recurso a los tribunales: pueden hacer valer sus intereses cambiando de trabajo [...] Los dirigentes del sistema se confrontan con lo que legítimamente puede llamarse un ‘mercado de trabajo’, y la aparición de una especie de acuerdo tácito entre obreros y Estado-empleador, expresado en la fórmula: ‘Ustedes tendrán de acuerdo a lo que nos paguen’ o, en versión surrealista ‘Ustedes

aparentan que nos pagan, nosotros aparentamos que trabajamos.' Pero el término 'mercado de trabajo' expresa mejor esta realidad.» (Lewin 2003:226/7).

III. ¿«PLANIFICACIÓN», «SOCIALISMO DE MERCADO» O REVOLUCIÓN TOTAL?

Debemos a Jean-Marie Vincent, una brillante síntesis crítica del vasto trabajo de Naville. Vincent considera (2001:195/205) que, mas allá de la desafortunada denominación de «Socialismo de Estado» que diera a los sistemas de tipo soviético, el gran mérito de Naville fue examinar la controvertida relación entre plan y salarios, logrando así poner en evidencia que todo el mecanismo económico de estas formaciones seguía montado sobre el básico intercambio de fuerza o capacidad de trabajo por salario. Y que, a partir de ello, en todos los intercambios practicados en esas economías «planificadas» operaban procesos de *valorización* (esto es, entraban en juego *valores de cambio* autonomizados del valor de uso). La fuerza o capacidad de trabajo se presentaba como una cuasi-mercancía cuyo valor de uso era producir plus-trabajo o *plus-valor*, captado y canalizado por los organismos y unidades económicas del Estado. Y si bien estos organismos y unidades económicas estatales estaban sujetos a los dictados del Plan, entre ellos se producían intercambios conflictivos y enfrentamientos para colocarse en mejores condiciones de producción, asegurar el acceso a «insumos» escasos y colocar sus productos... La planificación, a pesar de su carácter centralizado e imperativo, no podía impedir que en el intrincado juego de asignación de recursos, precios administrados, tasas impositivas y flujos monetarios regulados, hubiera ganadores y perdedores, ni que se dieran procesos de valorización «planificados» o, mejor dicho, sancionados de hecho por el Plan luego de abiertos o sigilosos enfrentamientos.

El sistema difería sin duda de la competencia entre múltiples capitales privados, pero tenía semejanza con las relaciones de tipo monopolístico u oligopólico. En la práctica, los organismos, unidades económicas, *rukovoditelly* (u *otvet-politrabotniki*)⁷ ejerciendo una función-capital, competían y chocaban entre sí tratando de que los muy diversificados medios de producción que

conducían alcanzaran o, mejor aún, «superaran» los objetivos estipulados. Y si bien la *forma-valor* de los productos del trabajo bajo la planificación burocrática evidentemente era distinta a la *forma-valor* de los productos del trabajo bajo el capitalismo, no dejaba de ser una forma de valor que se filtraba por todos los poros del sistema, aunque oficialmente se la suponía confinada a la compra-venta de artículos de consumo. Porque es verdad que la planificación fijaba objetivos en término de volúmenes físicos (cantidad de unidades, toneladas, volúmenes, superficies, etcétera), pero esto no significaba, como se quiso hacer creer (y muchos creen aún hoy) que lo producido fuera simplemente valores de uso, reflejo directo de necesidades socializadas. Y no era así, porque esos objetivos expresados en volúmenes físicos entraban en las estadísticas del plan según un «*valor-índice*» que representaba una mediación fundamental, pues este indicador *cuantitativo* era inseparable de la problemática utilización y calificación de la mano de obra, de los costos de producción y de la eficacia relativa de las inversiones. Por lo tanto, el *valor-índice* no era de ninguna manera *valor de uso socializado*, sino un indicador sujeto a múltiples relaciones de intercambio entre asalariados, empresas, organismos de planificación, ministerios... Intercambios que, sin ser estrictamente intercambio de «equivalentes generales» o valores de cambio, eran de todos modos *intercambio de equivalentes*: si se quiere ocasionales, temporarios y localizados, pero renovables y reiterados. Prueba evidente de que lo producido no eran valores de uso socializados sino «productos» de más o menos valor, es que la planificación de tipo soviético nunca pudo sortear el problemático reconocimiento *post festum* social del trabajo efectuado, con la secuela de stocks de productos invendibles o descartados. Tampoco pudo desentenderse de la obsolescencia o mala calidad de los productos desde el punto de vista técnico y su negativo impacto en la productividad. Las manipulaciones estadísticas podían disimular el problema, pero no pudieron impedir que pesara gravemente en la economía (y en su colapso).

Los planificadores y directores de las grandes unidades o complejos económicos no se apropiaban directamente de la producción de plusvalía, ni tenían interés directo en incrementar



el plustrabajo, pero bien o mal debían asegurarse cumplir y superar «los objetivos» planificados y ello requería disponer de un *fondo de acumulación* suficiente para la *reproducción ampliada* del sistema así como también calcular y comparar la eficacia de las *inversiones* y del *trabajo* en las distintas unidades y sectores de la economía. Con lo que *la ley del valor*, relegada cuando no negada, reaparecía continuamente en las preocupaciones de la Nomenklatura, obligada a valorar lo que planificaba, y con instrumentos muchos menos afilados que los del capitalismo: con precios que no eran precios de mercado, con moneda que no era dinero-capital, con tasa de interés que no era el precio del dinero, etcétera. Una valorización a tientas, siempre a la búsqueda de mecanismos e indicadores (técnicos, financieros, contabilidad en horas de trabajo...) y de complejos procedimientos para tomar decisiones en medio de agudos conflictos de intereses entre los agentes económicos y obligada a recurrir a mecanismos extraeconómicos de dudosa o nula eficacia. Las economías planificadas (burocráticamente) quedaron así en la situación paradójica de ser «economías de penuria» que trataba de maximizar la producción en un contexto de recursos escasos, mal repartidos y mal utilizados y, simultáneamente, «economías de derroche» cuyo funcionamiento requería stocks y reservas excesivos, sub-empleo de hombres, desempleo técnico, etcétera.

«Socialismo de mercado»

Mészáros ha puesto de manifiesto que más allá de las polémicas y choques interburocráticos entre los partidarios a ultranza de la «planificación centralizada» y quienes se inclinaban por la ampliación de los mecanismos de «mercado», existió entre ambos «modelos» un sólido elemento de continuidad. De hecho, las burocracias posestalinistas fueron empujadas «a la propugnación del 'socialismo de mercado' [...], a fin de remediar la inconsistencia y la contradicción entre las unidades productivas particulares y el marco sintetizador general de los sistemas socioeconómicos establecidos. Porque al mantenerse la división jerárquica del trabajo, la pérdida de los *controles disciplinarios internos* -que define y justifica su *razón de ser* en términos del *exitoso comportamiento del mercado*- no puede ser corregida mediante un control político

autoritario ni en la sociedad en general ni en las unidades productivas particulares mismas. La infeliz combinación de toma de decisiones ejecutiva y jerárquica en el lugar de trabajo y el bien fundado resentimiento de la gente que sufre las consecuencias de esta forma 'socialista' de alienación de su propio poder de toma de decisiones, tan sólo puede producir la '*anarquía del lugar de trabajo*' [...] por una parte, y por la otra, como ilusorio remedio consecuente, la intensificación definitivamente contraproducente del control burocrático centralizado [...] En consecuencia, los problemas y fracasos de los sistemas socioeconómicos poscapitalistas [...] son la necesaria consecuencia de la relación estructural *confrontativa* entre la producción y el control, entre los productores 'indisciplinados' y la administración 'socialista'. [...] Sumada a la carga del pasado, esta nueva forma de relación estructural antagónica entre la producción y el control *crea* -en el corazón del metabolismo social fundamental de las sociedades poscapitalistas- no una 'complejidad inevitable' sino ciertamente una *complejidad incontrolable*.» (Mészáros 2001:855/6).

Revolución total

Muchos estudios referidos al «socialismo real» centran su análisis en la dificultad planteada por el atraso de Rusia, los costos del «voluntarismo» burocrático y los erróneos métodos de planificación. Aunque aportan información y valiosas opiniones, este tipo de enfoque tiene frecuentemente un «punto ciego»: invisibiliza o distorsiona la importancia del antagonismo y los conflictos sociales. La preocupación por el «atraso» heredado puede llevar a despreocuparse por el lastre aún más abrumador que fue *la herencia de la división social jerárquica del trabajo*. Pero esto último es realmente decisivo para realizar una correcta interpretación de la experiencia histórica, y concluir que *las urgencias y prioridades económicas deben ser planteadas y abordadas sin dejar de lado o relegar al dudoso estatus de «objetivo final» la problemática relativa a la división social del trabajo*. Más aún: tanto el sistema fabril y productivo heredado del capitalismo, como los nuevos recursos tecnológicos necesarios para incrementar la riqueza social, deben ser sometidos al riguroso examen y crítica

de productores y consumidores, descartando la ingenua idea de la «neutralidad instrumental».

El fracaso del modelo soviético (pero también de las variantes impuestas en Yugoslavia o China) desmiente el falso orden de prioridades que en todos estos casos se impuso, según el cual *primero* había que aumentar la producción, mejorar luego la distribución y recién *después* revolucionar los criterios y métodos de producción y consumo. La lección es que *desde el comienzo* se deben explorar nuevas formas de articular producción y necesidades sociales, porque el proceso emancipador se detiene si se frenan los intentos por revolucionar las relaciones y mecanismos de producción y de distribución, a nivel «macroeconómico» pero también (y tal vez debiera decir sobre todo) *desde la fábrica*: «Porque esta última no es un instrumento aislado sino un poderoso *sistema* (un auténtico microcosmo) operado exitosamente sobre la base del ‘despotismo del lugar de trabajo’ (su estructura de mando jerárquica interna) en conexión orgánica con la ‘tiranía del mercado’ que vincula e integra las unidades productivas particulares dentro del ‘macrocosmo’ totalizante del marco regulador capitalista.» (Mészáros 2001: 855).

Por eso es preciso una *revolución total*, lo que no significa suponer que se pueda cambiar todo en un instante, sino que es necesario atacar los tres pilares del viejo orden —estado, capital, trabajo asalariado— y llevar adelante la revolución en el terreno decisivo de las relaciones y condiciones concretas de producción y consumo, así como en el manejo de lo tecnológico con su dimensión social y política. Sin ello resultaría imposible desarrollar de manera creativa la democracia y autonomía desde abajo, y un creciente control colectivo sobre las transformaciones en la sociedad y sus relaciones con la naturaleza.

IV. HACIA UNA TEORÍA DE LA TRANSICIÓN SOCIALISTA

El Siglo XX evidenció que la revolución social ni se cumple en un acto, ni es asumida por los desposeídos del mundo en un mismo momento. Y mostró, también, la imposibilidad de «el socialismo en un solo país» (o en un grupo de países, tanto da). Uniendo ambas lecciones, cabe concluir que la revolución social —después de que en algún país o región se logre destruir el Estado

capitalista y expropiar a los grandes propietarios— deberá recorrer una fase transicional de incierta duración. En relación con esto, el balance de lo ocurrido en el desaparecido «campo socialista» enseña que «para convertir al proyecto socialista en una *realidad irreversible* tenemos que efectuar muchas *‘transiciones dentro de la transición’*, al igual que, bajo otro aspecto el socialismo se define como una constante auto-renovación de *‘revoluciones dentro de la revolución’*» (Mészáros 2001:563).

Marx y Engels se burlaron de los intentos por dar detalladas prescripciones sobre lo que podrían ser el socialismo o el comunismo, y no se preocuparon tampoco por «definirlos». Con un enfoque dialéctico y procesual, sus preocupaciones estaban enfocadas en la negación del capitalismo, el movimiento práctico que a partir del antagonismo social afirmarí­a su propia identidad *comunista* a través de una revolución con la cual los desposeídos transformarían radicalmente la sociedad, rehaciéndose a sí mismos. De todos modos, sin demasiada precisión, se difundió hasta tornarse usual la denominación de socialismo para referirse al período que iría desde el derrocamiento político del capital y su Estado, hasta el comunismo, sin muchas precisiones más. Así pensaba también Lenin, quien precisó que la Revolución y el nuevo tipo de Estado surgido de ella podía ser llamada socialista por sus objetivos, pero que estaban muy lejos de alcanzarlos: «No, aún no hemos puesto los fundamentos socialistas. Los comunistas que imaginan que disponemos de esas bases están profundamente equivocados. La esencia del problema consiste en saber separar de manera firme, clara y serena lo que constituye el merito histórico de la revolución rusa, de lo que hacemos muy mal, de lo que aún no está creado y de lo que habrá que rehacer muchas veces todavía» (Lenin 1960:276). Finalmente, tras el cambio de rumbo impuesto en Rusia y la justificación del mismo con la teoría del «socialismo en un solo país», cayó en Trotsky la tarea de reafirmar *el carácter necesariamente internacional de la revolución socialista*, que había sido la concepción marxiana, así como también la de Lenin y Rosa Luxemburgo. Y a pesar de que, como ya dijimos, el antiguo conductor del Ejército Rojo tendía a identificar el legado de la Revolución de Octubre con la subsistencia de la economía estatizada, tuvo



la lucidez de advertir: «Calificar de transitorio o intermediario al régimen soviético, es descartar las categorías sociales acabadas como el *capitalismo* (incluyendo al 'capitalismo de Estado') y el *socialismo*. Pero esta definición es, en sí misma, insuficiente y susceptible de sugerir la idea falsa de que la única transición posible al régimen soviético conduce al socialismo. Sin embargo, un retroceso al capitalismo sigue siendo perfectamente posible.» (Trotsky s/f:223) . En esto, no se equivocó. Con lo cual la experiencia del «socialismo real» sumó interrogantes y replantea cuestiones que están lejos de ser meramente terminológicas.

Sobre la supuesta «etapa socialista» y su «modo de producción»

El concepto de «etapa» se utilizó preferentemente para referirse a *períodos históricos* delimitados y caracterizados por una determinada combinación de tareas y relaciones sociales. Por tanto, la proyección de una «etapa socialista» sugiere que, luego del capitalismo pero antes del comunismo, se insertaría el socialismo concebido como una forma socio-económica relativamente autónoma y estable.

Así lo teorizó Kautsky (1976a, 1976b) asimilando socialismo a un *modo de producción* e introduciendo un corte radical en lo que la reflexión marxiana pensaba mas bien como un tumultuoso pasaje desde el capitalismo hasta la sociedad sin clases. Pensar en términos de «modo de producción socialista» implica una acotada idea de socialización *divorciada* del comunismo, una etapa orientada a la satisfacción de un conjunto de necesidades sociales mas o menos bien definidas y relegando el comunismo al lugar de «objetivo final». Así, Kautsky inaugura una perspectiva estratégica que concibe la *socialización de las fuerzas productivas* a través de su traspaso a instituciones estatales, en paralelo a una reorganización política que implicaría la *socialización de la fuerza de trabajo*. Por una vía imprevista, algunos aspectos de esta revisión fueron aplicados de hecho por el puño de hierro de Stalin. La «teoría» del «socialismo en un solo país» y la vulgata «marxista-leninista» difundida con todo el peso del aparato del «movimiento comunista internacional» impusieron durante décadas la concepción de que socialismo era estatización de

los medios de producción, desarrollo a toda costa de la industria pesada y las fuerzas productivas en general, la edificación y fortalecimiento de una economía y Estado «socialista», con los nefastos resultados que antes hemos analizado.

Por todo ello, creo que la conceptualización de una «etapa socialista» tiene menos ventajas que inconvenientes, y estos se multiplican si se le agregan «subdivisiones» («etapa inferior del socialismo», «etapa superior del socialismo») o se la presenta precedida por otra «etapa» que sería la «etapa de transición al socialismo». Esto plantea una dificultad lógica (un riesgo cierto de «regresión al infinito», pues a cada etapa podría anteponerse otra, y otra más, hasta nunca acabar), y fundamentalmente un problema político, en la medida que la delimitación de todas estas etapas aleja la atención de lo que realmente importa: ocuparse de los procesos y las mediaciones que puedan concretamente expresar e impulsar *la permanencia, viabilidad e irreversibilidad* del proceso revolucionario.

La transición socialista y sus imprescindibles mediaciones

Creo que ahorra confusiones y disputas puramente terminológicas considerar a todo el período que se extiende desde las luchas anticapitalistas hasta el comunismo con la denominación común de *transición socialista* o *transición* a secas, sin que ello impida analizar casos y momentos específicos, introduciendo las relaciones histórico-concretas que los determinen y condicionen. No se trata sólo de simplificar un embrollo terminológico, sino de subrayar el carácter procesual, permanente o ininterrumpido de la revolución, destacando que, por diversos que fueren sus puntos de partida y desarrollo, los distintos casos, momentos y condiciones de la transición socialista están articulados por la necesidad de *ir mas allá del capital*, manteniendo en todo momento una perspectiva *internacionalista*. El desarrollo de la revolución en cualquier país o región, dada la profunda e indisoluble interconexión de los sistemas socioeconómicos y políticos en el mundo actual, exige retomar aquellos principios marxianos ignorados que prefirió ignorar «el socialismo que no fue».

Hemos señalado a lo largo del artículo varias de esas indicaciones básicas, pero para finalizar queremos detenernos en una que es tan decisiva como ignorada. Marx sostuvo que *la economía del tiempo* operaría bajo formas cualitativamente diferentes e independizada del *valor de cambio* en una sociedad emancipada o *sistema comunal* y en los *Grundrisse* destaca la sustancial diferencia entre una economía regulada por el dinero y la ley del valor, y una nueva forma social emancipada: «Una vez supuesta la *producción comunal*, la determinación del tiempo, como es obvio, pasa a ser esencial. [...] Economía del tiempo y repartición planificada del tiempo del trabajo entre las distintas ramas de la producción resultan siempre la primera ley económica sobre la base de la *producción comunal*. Incluso vale como ley en mucho más alto grado. Sin embargo, esto es esencialmente distinto de la medida de los valores de cambio (trabajos o productos del trabajo) mediante el tiempo de trabajo. Los trabajos de los individuos en una misma rama y los diferentes tipos de trabajo varían no sólo cuantitativamente sino también cualitativamente.»⁸ (Marx 1971a:99/101) Esto quiere decir que la regulación cuantitativa mediante la ley del valor no es insuperable, y que debemos avanzar hacia un *nuevo modo histórico de mediación* tanto en el intercambio metabólico de la humanidad con la naturaleza como en las actividades productivas autodeterminadas por los individuos sociales.

Recuperado el marco marxiano y las indicaciones generales para ir *más allá del capital*, es preciso todavía recordar que «necesitan ser traducidos, en cualquier coyuntura particular del desarrollo socioeconómico y cultural/político, a *estrategias mediadoras* históricamente específicas» y encontrar precisamente el *tipo* de acciones a través de las cuales ese modo de reproducción comunal podría demostrar prácticamente su viabilidad: «sólo puede volverse creíble si se lo hace tangible en término de *mediaciones materiales* realmente factibles entre las constricciones del presente y las potencialidades del futuro. Mediaciones materiales, es decir, concretas y aptas para que las agencias sociales emancipatorias las utilicen como marco estratégico principista pero flexible en la elaboración de programas de acción históricamente específicos.» (Mészáros 2001:867). No podemos en el marco de

este artículo extendernos más sobre la necesidad de una teoría de la transición y, específicamente, sobre la cuestión decisiva de las mediaciones institucionales y materiales que requiere, pero quisiera concluir diciendo que esta es la cuestión -literalmente, de vida o muerte- a la que debe responder el proyecto socialista en el Siglo XXI. Con palabras y con hechos, deberemos mostrar que el camino del socialismo no consiste en producir más mercancías e inundar el mercado con cualquier tipo de productos industriales, sino revolucionar la producción y el intercambio de bienes y servicios socialmente necesarios, poner las fuerzas productivas a producir de otra manera y otras cosas, en otras palabras: *para cambiar el mundo, cambiar la vida de los hombres y salvar la naturaleza humanizada*.

Notas

1. El profesor Heinz Dieterich, por ejemplo, no conforme con adjudicarse la paternidad de la expresión, atribuye a su versión de «socialismo del Siglo XXI» el estatus de nuevo e imprescindible «paradigma teórico».

2. Este párrafo está inspirado en una libre interpretación del estimulante libro del filósofo italiano Giuseppe Prestipini *Realismo e Utopia*.

3. Yo utilicé en su momento la expresión «Estados burocráticos» y escribí que constituyeron un «*subsistema* burocrático-explotador, integrado (no sin conflictos) en la economía mundial capitalista, que no representaba una plataforma para la transformación socialista y que había agotado sus posibilidades de reproducción» (Romero 1996:94), pero considero secundaria esta cuestión terminológica.

4. Eso fue lo que «teorizó» Stalin y repitieron los *Manuales* de los economistas soviéticos, pero el enfoque fue retomado por marxistas influyentes como Bettelheim, Baran o Sweezy, e incluso un enemigo del estalinismo tan agudo como Ernest Mandel (1969) sostuvo la visión *dualista* en su difundido *Tratado de Economía Marxista*.

5. Pierre Naville fue estrecho colaborador de Trotsky desde el exilio en Prinkipo hasta su asesinato en México. Ya alejado del movimiento cuarta internacionalista, y convertido en uno de los principales investigadores en el campo de la sociología del trabajo, escribió la monumental investigación que tiene como título general *Le nouveau Léviathan* (1970a;1970b;1970c;1972;1974) al que nos referiremos rei-